

con el tema concreto, pues corresponden a otras épocas hispanojudías, a la historia judía en general, y/o aportan muy poco a las cuestiones indicadas en el título.

Para la temática mencionada en el título de este libro quizá sea oportuno leer algunas otras visiones de conjunto publicadas recientemente, en concreto las de Luis Suárez Fernández: *La expulsión de los judíos de España* (Mapfre, Madrid 1991) que, pese a su título, también se refiere a la historia hispanojudía en general; los primeros capítulos de Antonio Domínguez Ortiz: *Los judeoconvertos en la España moderna* (Mapfre, Madrid 1992), así como los últimos capítulos de Haim Beinart: *Los judíos en España* (Mapfre, Madrid 1992). Pero el enfoque del profesor Pérez es menos detallista y más generalizador, el planteo y la manera de desarrollar el tema son motivos que —lo he dicho antes— hacen deseable una reedición.

David Romano

La cristología de José Saramago

I

En estos tiempos de increencia y críticas a la religión, acabar una novela sobre el fundador del cristianis-

mo no resulta nada indiferente. Es una novedad bien especial porque nos facilita observar qué clases de preocupaciones actuales son las que laten de forma desacralizada en torno a Jesús. Ya ocurrió en su momento con Nikos Kazantzakis y su *Cristo, de nuevo crucificado*, y lo mismo puede ocurrir ahora en nuestro ámbito español con el premio *Planeta* otorgado a Fernando Sánchez Dragó. Pero en estas páginas no nos queremos referir a estos dos autores sino a José Saramago y a su libro *El Evangelio según Jesucristo* (Seix Barral, Barcelona, 1992, 341 páginas).

Hay en esta obra un argumento que evoca de un modo particular a un Jesús humano lleno de conflictos y vicisitudes que para muchos tendrá muy poco que ver con el Nazareno descrito en los Evangelios. Pues lo destacado en nuestro autor es que recrea de una forma muy libre el itinerario vital de un Jesús de Nazaret heterodoxo. Aquí no se narra un nacimiento virginal, tiene una preponderancia destacada su padre José, Jesús tiene otros hermanos (Tiago, Lisia, José, Judas, Simón, Lidia, Justo, Samuel), y el encuentro con Dios se produce de una forma muy distinta a esa llamada mesiánica que nos ilustra el Nuevo Testamento.

Efectivamente, José cumple un papel destacadísimo en esta novela pues él produce una forma muy particular de relación con su hijo Jesús: lo salva de la muerte de los Inocentes, pero esto crea una determinada culpabilidad al propio Jesús en la adolescencia, ya que en realidad lo ha salvado a él, pero por un silencio cómplice José ha condenado a decenas de niños a la muerte por la espada herodiana. Este acontecimiento bíblico es decisivo en el inicio de la narración de Saramago. Junto con el nacimiento en una cueva, el autor induce de una forma muy singular a comprender el origen pobre y oprimido de Cristo.

Decimos que la figura de José es destacada en esta novela pues hay una particular transposición entre éste y Cristo en cuanto al hecho de morir: se cuenta en el libro que José muere en Séforis crucificado a los treinta y tres años de edad. Todo ello contribuye para dar un papel muy especial a esta figura paterna, tan modestamente tocada en los Evangelios. Tal como lo narra Saramago, esta ejecución es una verdadera autorredención de la víctima por las propias vicisitudes que vive hasta ese momento letal, reveladas en sus sueños inquietantes

y llenos de culpabilidad (José sueña reiteradamente que va a matar a Jesús). A partir de esta muerte se desencadena una serie de hechos que nos permiten observar con cierto detalle aspectos cristológicos en la obra de Saramago. Vemos en profundidad qué quiere decirnos el prototipo de Jesús que esboza el autor. Destacan en este sentido la ternura y el apoyo que da a sus hermanos, la relación creada con su madre María, la vinculación profunda con Magdalena, y los vínculos que establece con lo que podemos llamar su Padre Supremo. Con todo, no olvidemos que el destino de Jesús se encamina por sendas muy distintas a las narraciones evangélicas que conocemos. Pues aquí, por ejemplo, el propio Jesús quiere corregir esa culpa de su padre por no haber salvado a todos los Inocentes una vez oída la masacre que se avecinaba. Éste es un eje literario fundamental en la obra, y creemos que ilustra de forma muy humana comportamientos éticos muy profundos del Cristo de Saramago.

A los trece años de edad Jesús abandona su hogar paterno y viaja hacia Jerusalén. Aquí entra en contacto con el Templo, y en cierto modo Saramago argumenta de forma literaria los pasajes evangélicos de Cristo con los doctores de la Ley. Jesús interroga cuestiones de la Escritura relativas a la culpa, sintiéndose profundamente interpelado por asuntos que él siente en el fondo del corazón. Escucha al escriba del Templo que la culpa recae de padres a hijos, comprendiendo el joven Jesús que su vida se sella de un modo especial con estas afirmaciones. Brota en Jesús como una lucha contra el destino a partir de estos criterios, empeñado en encontrar no se sabe muy bien qué clase de «verdad». Es larguísimo el itinerario que vive para comprender que está en manos de un designio de Dios. Por esto mismo, todo en la novela resulta especialmente orientado hacia ese hecho letal que produce el Padre con la crucifixión de Cristo.

De Jerusalén, Jesús se dirige con ansiedad y lleno de presentimientos hacia Belén, pues encuentra la tumba de los Inocentes, y a Zelomi, quien indica al joven Cristo cómo hizo de su partera y cuál fue la cueva en la que nació. La reiteración en la novela de estos lugares tangibles de *status* sacral causa en la lectura observaciones distintas en torno a las preocupaciones que tiene Jesús sobre su pasado. Una vez descubiertos estos sitios por él hay una especie de alivio en la narración. Sin embargo es una paz que no impide que veamos cargado

de cavilaciones el porvenir de Cristo, ya que es en esta misma cueva donde se revela la presencia de un inquietante pastor, con cualidades angélicas y diabólicas, que en cierto modo anticipa con su enigmática personalidad hechos específicos del futuro de Jesús. Es precisamente durante esta convivencia con el pastor cuando se manifiesta de forma muy plástica un encuentro decisivo con Dios. Desnudo y sangrante en sus pies mientras se encamina por parajes desérticos al sur de Jericó en busca de ovejas, se hace presente una voz que dice:

Quién me habla, preguntó Jesús horrorizado, pero adivinando ya la respuesta. La voz dijo, Yo soy el Señor, y Jesús supo entonces por qué había tenido que desnudarse en el umbral del desierto. Me has traído aquí, qué quieres de mí, preguntó. Por ahora, nada, pero un día lo querré todo, Qué es todo, La vida, Tú eres el Señor, siempre estás llevándote las vidas que nos das, No tengo otro remedio, no puedo dejar que el mundo se detenga, Y mi vida, para qué la quieres, Aún no es tiempo de que lo sepas, aún tendrás que vivir mucho, pero vengo a anunciártelo, para que vayas disponiendo el espíritu y el cuerpo, porque es de ventura suprema el destino que estoy preparando para ti, Señor, Señor, no comprendo ni lo que me dices ni lo que quieres de mí.

Este proceso teofánico descrito por Saramago confunde a Jesús. Se encamina hacia regiones cercanas del lago de Genesaret, y se incorpora a los pescadores. Se producen las pescas milagrosas narradas en los Evangelios, pero Cristo los abandona para continuar hacia la ciudad de Magdala. En este sitio es la propia María Magdalena la que cura un pie herido de Cristo, y a partir de aquí nuestro novelista desarrolla páginas muy emotivas donde se integran la sensualidad y la ternura de ambos que los inclina hacia una vida en común. Pero Jesús siente la urgencia de retornar a Nazaret para confesar a su madre y hermanos que efectivamente ha «visto a Dios». Aunque esto resulta incomprensible para ellos, más adelante en la novela se esclarece de forma especial en qué consiste su filiación con el Señor:

Jesús apartó las manos de la cara, miró a sus amigos uno a uno, con expresión de súplica, como si reconociese que la confianza que les pedía era superior a la que un hombre puede conceder a otro hombre, y al fin de un largo silencio, dijo, Yo vi a Dios. Ninguno de ellos dijo una palabra, se limitaban a esperar. Él prosiguió, con los ojos bajos, Lo encontré en el desierto y él me anunció que, cuando llegue la hora, me dará gloria y poder a cambio de mi vida, pero no dijo que yo fuese hijo suyo.

Saramago agrega aspectos antropomórficos de Dios, y es el propio Jesús el que conversa con Él buscando

esclarecer qué tarea debe concluir entre los hombres por mandato del cielo. Poco a poco en los diálogos se avicina la verdad de este misterio cuando Cristo oye a Dios que su papel será el de mártir y el de víctima «que es lo mejor que hay para difundir una creencia y enervar la fe». La novela añade:

Las dos palabras, mártir, víctima, salieron de la boca de Dios como si la lengua que dentro tenía fuese de leche y miel, pero un súbito hielo estremeció de horror los miembros de Jesús, como si la espesa niebla se cerrara sobre él.

A partir de aquí Dios relata el futuro de Jesús, el destino de la Iglesia y sus seguidores, mientras la presencia del diablo no es ajena a esos distintos pronósticos. Ante este porvenir histórico que aqueja a Cristo, hay algo muy llamativo en estas letras del libro:

Aquella noche, en la intimidad de la tienda donde dormía con María de Magdala, Jesús dijo, Yo soy el pastor que, con el mismo cayado, lleva al sacrificio a los inocentes y a los culpables, a los salvos y a los perdidos, a los nacidos y a los por nacer, quien me liberará de este remordimiento, a mí, que me veo, hoy, como se vio mi padre en aquel tiempo, pero él responde de veinte vidas, y yo por veinte millones. María de Magdala lloró con Jesús y le dijo, Tú no lo has querido, Peor aún, respondió él, y ella, como si desde el principio conociese, por entero, lo que, poco a poco, hemos venido viendo y oyendo nosotros, Dios es quien traza los caminos y manda a los que por ellos han de ir, a ti te eligió para que abrieses, en su servicio, un camino entre los caminos, pero tú no andarás por él, y no construirás un templo, otros lo construirán sobre tu sangre y tus entrañas, sería, pues, mejor, que aceptases con resignación el destino que Dios ha ordenado y escrito para ti, pues todos tus gestos están previstos, las palabras que has de decir te esperan en lugares a los que tendrás que ir, ahí estarán los cojos a quienes darás piernas, los ciegos a quienes darás vista, los sordos a quienes darás oídos.

Las páginas finales de la novela van encaminadas a ilustrar de forma dramática el destino de un crucificado. Es la Pasión de un hombre que a mi modo de ver reclama una señal explícita de esperanza en la Resurrección.

II

La mayoría de los pensamientos teológicos existentes en esta novela de nuestro autor portugués guardan relación con Jesús. Por todo ello existe una teología cristocéntrica muy especial que emerge desde «abajo», es decir, parece producirse una Revelación de Dios desde la humanidad del propio Cristo. En lugar de consideracio-

nes abstractas (cristología desde «arriba») que dan por sentados criterios teológicos que divinizan la persona de Cristo, aquí en la novela todo resulta muy terrestre. Esta comprensión diversa acerca de cómo Jesús se hace Dios tiene consecuencias lógicas en el vocabulario de la teología actual cuando señala que hay dos tendencias básicas en la reflexión cristológica: la ascendente y la descendente. En Saramago se combinan de forma especial ambos enfoques, pero todo redactado de forma enormemente imaginativa, creando la novela un clima neotestamentario propio del mundo judeohelenista que vive Cristo. No se trata en la obra de reconstruir eventos históricos, sino de hacernos notar en qué consiste un vínculo paterno-filial entre Dios y Jesús.

Hay, sin embargo, en términos históricos, ciertas evocaciones a los zelotas, y Saramago ofrece también características sobre la condición femenina de la época, especialmente retratada en la figura de María y Magdalena. Y, en términos francamente teóricos, en nuestra novela no hay para nada especulaciones teológicas propias del raciocinio trinitario interpelado por la fe, como puede ser los planteamientos de Jürgen Moltmann en *El Dios crucificado*, o de Kazoh Kitamori en su *Teología del dolor de Dios*, o de Leonardo Boff en *El rostro materno de Dios*, que son teologías en sentido expreso (aunque en cierto modo evocan de forma tangencial reflexiones presentes en Saramago). Como es natural, no es pensamiento teológico lo que nos quiere mostrar el autor portugués con esta obra, aunque sí se insinúan algunas cosas de ese razonar gracias a las extraordinarias huellas que nos imprime este Jesús digno de los Evangelios apócrifos. Existen, en efecto, como revelaciones ocultas de un Cristo terrestre que se empeña a toda costa en conocer a su Padre. Pero este Dios no es descubierto por medio de gnosis, sino por medio de comportamientos y conductas humanas de Cristo, que en realidad son una especie de frutos de lo que a este Jesús le prepara el destino.

En términos técnicos, se evocan en este *Evangelio* de Saramago ciertas cuestiones típicas de cristología nestoriana (que son las que provienen del patriarca Nestorio, del siglo V) cuando la propia María se interroga ante la aparición de un ángel en qué consiste su maternidad, si en realidad se revela que Jesús es Hijo de Dios. Hay aquí una cuestión especialmente creativa en la novela,